

## CONFIGURACIONES DEL ESPACIO, *el tiempo y la subjetividad en un contexto de terror: el caso colombiano*

DANIEL PÉCAUT

### Resumen

LA VIOLENCIA EN COLOMBIA ESTÁ ACOMPAÑADA, CADA VEZ CON MAYOR FRECUENCIA, DE prácticas de terror, que se traducen, entre otras cosas, en desplazamientos masivos de la población. Por lo general, estas prácticas se analizan sobre la base de las estrategias de los actores armados, con énfasis en asuntos como la territorialización, los cálculos temporales o la imposición de sentido. Este artículo pretende analizar, más bien, el impacto del terror sobre las representaciones de la población afectada, sostiene que es preciso invertir los conceptos anteriores, pues lo que se impone son procesos de desterritorialización, de ruptura de los referentes temporales y de disociación de la subjetividad. Tal estado de cosas se relaciona con el hecho de que, en su inmensa mayoría, la población civil se ha vuelto rehén de los actores armados.

### Abstract

INCREASINGLY, VIOLENCE IN COLOMBIA OCCURS PRACTICES OF TERROR, WHICH ARE TRANSLATED, among other things, in massive population displacements. Regularly, these practices are analyzed from the perspective of the strategies of armed actors, with emphasis in issues such as territorialization, temporal calculations, and the imposition of sense. This article, on the other hand, tries to analyze the impact of terror over the representations of the affected population. It suggests that it is necessary to reserve the previous concepts and, contrary to what was previously thought, to impose desterritorialization processes, rupture with temporal referents, and dissociation of subjectivity. This state of things is related to the fact that, in its great majority, the civil population has become a hostage of armed actors.

## INTRODUCCIÓN\*

EN UN ESTUDIO ANTERIOR (PÉCAUT, 1997: 147-180), HABÍA SEÑALADO que desde hace mucho tiempo la violencia reciente se ha percibido como un fenómeno banal. No sólo era habitual presentarla como la continuación de la Violencia de los años cincuenta, incluso como una violencia que habría caracterizado permanentemente la historia colombiana sin interrupción, sino que no estaba de más afirmar que su expansión, por trágica que fuese para las víctimas, también beneficiaba a muchos sectores: desde los que se hacían ricos, captando recursos financieros gracias a ella, y los que se aprovechaban de la circulación de esos recursos, hasta aquellos que descubrían en ella una nueva fuente de empleo o de poder (Cfr. Bejarano, 1990). En el mismo estudio señalaba que la banalidad se estaba borrando y que, sobre todo en las regiones en donde prevalecen las confrontaciones entre los diversos protagonistas armados, ella dejaba sitio a un terror que no mostraba otro camino a la población civil que partir o adaptarse a un contexto de desconfianza generalizada, replegándose en estrategias individualistas.

No obstante, hace todavía algún tiempo los observadores estaban muy lejos de reconocer la dimensión de este terror. El término era de uso frecuente, pero para los militantes de una u otra causa servía únicamente para estigmatizar las prácticas del adversario. En lo que se refiere a las grandes ciudades, se pensaba sobre todo en la experiencia del terrorismo a gran escala realizado durante cinco años por el cartel de Medellín.

Ahora bien, en realidad el terror era ejecutado por el conjunto de los protagonistas armados. De hecho, era difícil imaginar en las ciudades —o en todo caso en sus barrios protegidos— la situación de las poblaciones sometidas cotidianamente a la vigilancia de los protagonistas armados y, cada vez más, entre dos fuegos. Todos sabían, sin duda, que una ciudad como Barrancabermeja estaba dividida por fronteras invisibles y temibles, que las guerrillas y los paramilitares se disputaban numerosos poblados rurales y que de ello resultaban múltiples masacres. Sin embargo, esto no era suficiente hacer del terror un dato político

\* Traducción de Mercedes Vallejo Gómez y Rodrigo Zapata Cano, departamento de lenguas extranjeras, facultad de educación, Pontificia Universidad Bolivariana, Medellín.

mayor y sólo una masacre particularmente importante era susceptible de conmover a la opinión.

Los desplazados mal hacían en multiplicarse en los límites de las ciudades, si apenas se percibía su existencia. Fue necesario que su número alcanzara el millón para que la Iglesia y las ONG dirigieran su mirada hacia el problema, pero las autoridades departamentales y nacionales aún quieren ignorarlo. Ni la opinión ni el Estado podían ignorar las realidades cotidianas de la violencia, pero desde hace tiempo se trataba de minimizar la gravedad, los efectos y, sobre todo, su organización. Lo esencial, se decía, es que era el resultado de una criminalidad pequeña y grande, cuando no era puesta sobre las espaldas de la "intolerancia" y de la falta de espíritu cívico. Todo se hacía para "atenuar" la dimensión de los enfrentamientos en los cuales estaban implicados diversos ejércitos.

Recordemos la indignación cuando Virgilio Barco utilizó la palabra "guerra" para calificar la lucha contra los narcotraficantes, o el momento en que César Gaviria habló de "guerra integral" contra las guerrillas, consecuencia del fracaso de las conversaciones con ellas. Admitir que la violencia tenía un componente de guerra civil significaba quebrar un tabú.

Estas actitudes se explican por tres convicciones, ampliamente compartidas y enraizadas en la tradición. En primer lugar, aquella según la cual no existe una mayor separación entre el universo institucional y el que se rige por normas de hecho, sean estas cuales fueren. En segundo lugar, aquella según la cual no hay situaciones conflictivas que no se puedan solucionar mediante "pactos" o transacciones; ni formas de ilegalidad que no puedan ser reintegradas por medio de fórmulas jurídicas. Finalmente, aquella según la cual "decir" las cosas y, por ejemplo, nombrar los conflictos, puede ser una manera de precipitar su materialización.

Sin embargo, la violencia parece cada vez más difícil de dominar. El descrédito y la impotencia del gobierno de Ernesto Samper (1994-1998), el aumento de la corrupción, los reveses sufridos por las fuerzas armadas frente a las guerrillas y la parálisis que aparentemente las ha afectado, la expansión de los cultivos de la droga a pesar de las medidas de erradicación, forman parte de los factores que han contribuido al empeoramiento de la violencia. Por su parte, los protagonistas armados recurren, cada vez más, al terror como un componente normal de sus estrategias locales:

en la medida en que los paramilitares y las guerrillas se disputan los mismos territorios, su empleo contra la población civil se convierte en el medio privilegiado de aislar al adversario, cortándole sus eventuales apoyos. Regiones enteras están comprometidas: a las zonas del Magdalena medio, Urabá y Córdoba y Barrancabermeja, se agregan las del nordeste de Antioquia, Putumayo y Meta.

Lo novedoso es que, de ahora en adelante, el terror afecta regiones que no han sido catalogadas como lugar de las confrontaciones. Los grupos armados montan sus operaciones cada vez más lejos de sus feudos, a través de incursiones rápidas o de asesinatos selectivos. Algunas veces, el simple rumor y las amenazas son suficientes para acabar con la tranquilidad. Los pobladores descubren que llegado el día, no hay protección que valga. Las acciones de la guerrilla casi no sirven de nada cuando llegan los paramilitares. Y las ciudades ya no son refugios, aun cuando los principales protagonistas armados no están abiertamente instalados en ellas. Sin embargo, algunas están divididas en zonas por redes que pueden mantener relaciones con ellos. Los desplazados lo han experimentado, cuando al cabo de sus periplos descubren que están condenados a permanecer con frecuencia como rehenes de las organizaciones que los cercaban en su lugar de partida, o como sospechosos a los ojos de las organizaciones rivales<sup>1</sup>.

Se puede debatir interminablemente sobre la responsabilidad propia de cada uno de los protagonistas en el terror. Evidentemente, los paramilitares son el origen de la gran mayoría de las masacres y, si creemos en los minuciosos recuentos<sup>2</sup>, ellos matan en total más que todas las otras organizaciones. Pero las guerrillas matan en número considerable y tienen otras especialidades que no son menos terroristas: desde los secuestros hasta las tomas de pueblos y las voladuras de oleoductos, con la destrucción del medio ambiente que ocasionan, sin hablar de la extorsión y otras formas de intimidación. Si los secuestros individuales realizados por las guerrillas no alcanzaron durante mucho tiempo a suscitar una indignación general a pesar de su cantidad —más de un millar al año—, no pasa lo mismo con

1. Véase mi análisis de la problemática de los desplazados en el artículo "A propos de la question de déplacés", en *Estudios políticos*, Universidad de Antioquia, enero-junio 1999.

2. Véanse los estudios de Camilo Echandía, que son una de las mejores fuentes de reflexión cuantitativa y geográfica sobre la violencia.

las nuevas modalidades de secuestros colectivos o al azar, como son los que acontecen en las carreteras –las famosas *pescas milagrosas*– y, más recientemente, de los pasajeros de un avión o de los asistentes a una misa. En cuanto a las atrocidades caracterizadas, verdaderas escenificaciones del horror, ellas parecen bastante bien repartidas.

No es posible descartar la hipótesis de que el terror todavía pueda agudizarse. Todo parece indicar que las guerrillas y los paramilitares buscan, en lo sucesivo, provocar una polarización general en el país. En efecto, las Farc tienden a presentarse como los únicos portavoces de la oposición al régimen, y los paramilitares como los únicos portavoces de la oposición a las guerrillas. Quienes no estén de un lado o del otro pueden volverse el blanco de unos y otros. Las *Comunidades de paz*, grupos ocupados en sustraer a la población de las presiones de los actores armados, así como las *organizaciones neutrales*, han sufrido los golpes y las amenazas de los dos bandos. Otros lugares que se han beneficiado hasta aquí de una relativa “extraterritorialidad” en relación con el terror, centros de investigación o universidades, están cada vez más sometidos a los rumores y amenazas, y a mucho más que esto. Es la misma idea de una “sociedad civil”, en este caso definida como “sociedad contra las armas”, la que se pone en peligro. Por lo demás, las Farc no vacilan en hacerlo saber en su boletín, encargando a sus intelectuales orgánicos de denunciar la inanidad de esta noción.

Si el gran proyecto de las guerrillas y de los paramilitares es impulsar la polarización, deberán desplegar todos los medios para alcanzarla. Desde luego, el cambio brutal de la coyuntura económica, marcada por una recesión sin precedentes desde los años treinta, puede suscitar fuertes tensiones. Todos los sectores de actividad están golpeados y las posiciones conquistadas por una gran parte de las clases medias corren el riesgo de degradarse, lo que conduciría a nuevos focos de radicalización. Como lo esperan las Farc, las “condiciones objetivas” vendrían en ayuda de sus planes militares.

Por supuesto, los colombianos han dado varios testimonios de su lasitud frente a la violencia. Lo hicieron con ocasión del *mandato por la paz*, plebiscito contra la guerra, y la volvieron a manifestar en la última elección presidencial, apoyando la propuesta de negociación. Las esperanzas producidas por el encuentro entre Andrés Pastrana y Manuel Marulanda Vélez se han ido

diluyendo con el fracaso de las charlas preliminares. Sin embargo, vuelven a surgir, aunque rodeadas de escepticismo, cada vez que de nuevo parece posible la iniciación de verdaderas negociaciones.

Sería una ilusión pensar que el terror va a retroceder. Las negociaciones tienen todas las probabilidades de durar mucho tiempo y pueden romperse en cualquier momento. Su apertura puede llevar a las Farc, que aspiran a que se les reconozca la calidad de *beligerante*, a procurar tener control sobre mayores territorios. Las dificultades para conseguir lo que exigía, llevó al ELN a acudir a los secuestros masivos. Los paramilitares, a los cuales se les ha negado el estatus político, pueden intentar forzar las puertas por todos los medios. En fin, en caso de que las negociaciones progresaran, es preciso no subestimar las resistencias que puedan surgir en cualquier momento. Aunque las negociaciones no fracasasen, el terror no pertenece al pasado.

El propósito de este artículo es profundizar en la descripción de las situaciones que caracterizan al terror. Hasta el presente, los análisis se han detenido, con más frecuencia, en tres aspectos. Primero, la territorialización: la violencia iría a la par con los dominios sobre espacios muy definidos. Segundo, la temporalidad estratégica: el tiempo de la violencia resultaría de las interacciones entre las medidas gubernamentales y los cálculos de los protagonistas armados. Por último, la construcción de nuevas referencias subjetivas: las redes armadas engendrarían formas de identificación, coactivas o voluntarias.

Estos análisis han sido fecundos y aún lo son. Sin embargo, me pregunto si no es necesario modificarlos a partir del hecho de que el terror se ejerce en gran parte del país. Me parece que el terror induce de manera progresiva efectos de fragilización de los territorios, hace estallar los referentes temporales, pone en peligro la posibilidad de los sujetos para afirmarse en medio de referentes contradictorios. Dejando de lado lo habitual, me interrogaré, pues, sobre los fenómenos de desterritorialización, destemporalización, desubjetivación. Es una forma de reflexionar, desde otro ángulo, sobre las lógicas del terror.

## LA DESTERRITORIALIZACIÓN

### Las formas tradicionales de territorialización

EN PRIMER LUGAR, ES PRECISO SEÑALAR QUE LA APREHENSIÓN DEL ESPACIO es inseparable de las experiencias sociales que resultan de la memoria, de los vínculos sociales, del trabajo y de los itinerarios de vida. El espacio del campesino de Boyacá, tal como lo describió hace algunos decenios Orlando Fals Borda (1973) casi no se parece al del colono que se ha establecido en la amazonia. Incluso, en el caso de los colonos, la relación con el espacio no es idéntica, según los motivos que los han llevado a probar suerte en otra parte, la miseria o la violencia, y según que su migración la realicen solos, en familia o con otros miembros de la población. Con mayor razón, en las ciudades la relación con el espacio puede ser más variable, en función del lugar de residencia, de las condiciones de ocupación del suelo y de la naturaleza del vecindario, siendo el micro-barrio el espacio que constituye, algunas veces, el horizonte principal, antes que la ciudad en su conjunto.

Si los referentes sociales del espacio están ampliamente trastocados por los fenómenos de violencia y de terror, nunca abolidos por completo, perduran en nuevos espacios que resultan de las coacciones impuestas por los actores de la violencia.

A justo título, desde hace tiempo la atención se ha dirigido hacia los fenómenos de territorialización que han ido a la par con la consolidación de los actores armados. No obstante, esta problemática debe ser matizada en función de los actores, de los momentos y de las modalidades de dominio.

No todos los actores armados tienen como objetivo prioritario la territorialización. En primer lugar, los militares, que sólo en raras ocasiones han aplicado estrategias de establecimiento permanente cerca de las poblaciones, comúnmente han procedido por medio de incursiones temporales que no les permiten cumplir con una función de protección permanente de las poblaciones ni tampoco adquirir una información fiable, lo cual pagaron con un costo político muchas veces elevado. Una guerrilla como el M-19, impregnada de una visión ante todo militarista, tampoco intentó instaurar redes estables de control de la población. Esta guerrilla abandonó el Caquetá para operar en

otros departamentos, organizó "campamentos populares" en Medellín y en Cali durante el cese al fuego de 1984, para luego abandonarlos a su propia suerte, interfirió algunas veces con movimientos sociales, pero se cuidó de establecer vínculos duraderos con ellos. También se puede dudar que la noción de territorialización pueda aplicarse a los narcotraficantes, quienes en diversos momentos dispusieron de una fuerte influencia local por medio de sus "contactos" con las administraciones –en Cali, por ejemplo–, de sus propias redes armadas –durante un tiempo, en el Putumayo con Gonzalo Rodríguez Gacha, o en el Magdalena medio con él mismo y con Pablo Escobar– o de su apoyo a organizaciones paramilitares más grandes. Pero no necesariamente estaban interesados en encargarse de la defensa permanente de un territorio, sobre todo una vez entraban en conflicto con las autoridades, si se querían consagrar a lo esencial, la buena marcha de sus negocios.

Por el contrario, guerrillas como las Farc, el ELN y el EPL, hasta su desmovilización y, más tarde, los paramilitares y las milicias, han apuntado a tal territorialización. Todavía es preciso hacer una distinción entre unos y otros, según que la territorialización sea la base de su existencia o que ella sea únicamente uno de los componentes de sus estrategias. Para las milicias urbanas, el control de un barrio constituye la condición de su reconocimiento como protagonista armado y de su capacidad de asegurar un recurso de poder. Este no es el caso de las guerrillas. Desde luego, las Farc dispusieron al comienzo de un asentamiento más o menos estable en ciertas zonas del Tolima, del Huila y del Caquetá en virtud del fenómeno de la "colonización armada" –para retomar la expresión de William Ramírez Tobón–. Pero guerrillas y paramilitares tienen muchos otros medios de adquirir poder.

A la larga, el significado de tales asentamientos se ha modificado. Al comienzo, las Farc pretendieron asentarse en las zonas de conflictos agrarios y orientarlos. En esa fase, como lo ha mostrado Alejandro Reyes (1988), el control territorial no era más que un aspecto de la organización de la población. Pero la multiplicación de los frentes, decidida por las Farc y el ELN a comienzos de los años ochenta, va en contra del proyecto explícito de formar territorios propios. Entonces, la concepción de la territorialización evoluciona de nuevo, a partir del momento en que las guerrillas asumen como prioridad su implantación en los

principales polos de producción de bienes primarios con el fin de asegurar, por medio de la extorsión o de diversas transacciones, recursos financieros abundantes. El dominio sobre la población también sigue siendo importante, pero a menudo se convierte en un simple medio para afirmarse frente a las empresas. Recientemente, la territorialización ha revestido otro aspecto, desde el momento en que las guerrillas han intentado poner bajo tutela a las autoridades locales elegidas y de "administrar los municipios". En cuanto a los paramilitares, si sus vínculos con los grandes propietarios han excluido de manera evidente su solidaridad con las luchas campesinas, han retomado ampliamente por su cuenta todos los otros modos de territorialización.

En cuanto a las modalidades de control, éstas varían según las regiones. El ejemplo de las zonas de cultivo de la droga, descrito con frecuencia, constituye un caso particular. No hay duda que las Farc, por mucho tiempo, han podido presentarse allí como protectores de los colonos y justificar así los impuestos que establecen en ellos: frente a la anomia que existía antes de su instalación, la guerrilla instauró un orden local, con sus códigos de justicia, al mismo tiempo que defendía a los colonos contra las exacciones de los narcotraficantes o del ejército. El consentimiento de los colonos para con este control puede justificarse en términos de cálculo racional —y puede pensarse que los numerosos colonos que provenían de la ciudad o de otras ocupaciones, esperando acumular únicamente y de manera fácil un dinero, y que no comparten la memoria de los grandes hechos pasados de la guerrilla, recurren efectivamente a este tipo de cálculo—. Por lo mismo, es preciso no subestimar la parte coactiva y los riesgos de desgaste de la autoridad de la guerrilla. Las grandes marchas campesinas orquestadas por las Farc en 1996 para protestar contra los métodos de fumigación de los cultivos manifiestan, sin duda alguna, el alto grado de control de la guerrilla. Pero es poco probable que ellas vuelvan a darse con mucha frecuencia.

El mismo modelo puede encontrarse en otra parte, pero bajo formas atenuadas. Donde la guerrilla ejerce un control sobre la población sin que él mismo esté relacionado con beneficios económicos individuales o colectivos, le es más difícil que se reconozcan su poder y normas; las exacciones son entonces muy mal recibidas. El caso de Puerto Boyacá es muy conocido. A finales de los años setenta, la izquierda revolucionaria detentaba el poder municipal y la guerrilla estaba sólidamente implantada, pero los

abusos cometidos por un frente de las Farc facilitaron el paso del municipio a manos de los grupos paramilitares. Pero aun en Belén de Bajirá, corregimiento de Mutatá bajo control de las Farc desde hace tiempo, los colonos experimentan el impacto de la coacción tanto o más que el beneficio de la protección.

Sin embargo, esta modalidad de territorialización a través del control de una red que recurre a la coacción no es inédita. Ella ha sido puesta en marcha anteriormente por los partidos tradicionales. El ejemplo de Trujillo, en el Valle del Cauca es una ilustración de ello (véase el bello libro de Adolfo Atehortúa, 1996). Desde la fundación del municipio en los años treinta, los habitantes siempre se han sometido al control de los gamonales, un control que era ejercido con una gran dosis de violencia, pero que, al mismo tiempo, aseguraba a estos gamonales una capacidad de transacción con las autoridades regionales, incluso nacionales. En el Meta, los líderes liberales también se apoyaron en antiguos bandoleros para controlar a la población. En Arauca, se han podido sacar a la luz la continuidad de los métodos de los clanes tradicionales y los del clientelismo armado utilizados por las guerrillas (véase Peñate, 1991). No es sorprendente entonces que, sobre todo en las regiones de colonización, los habitantes hayan podido considerar que la coacción inherente a la territorialización constituya un fenómeno "normal".

En última instancia, la territorialización bajo coacción era susceptible de pasar por una modalidad ineluctable de integración a la nación. En realidad, ella facilitaba, como lo acabamos de ver con el ejemplo de Trujillo, los recursos de acción que permiten obtener la atención de las autoridades oficiales. La implantación de las guerrillas en la amazonia o en algunas partes de Urabá se inscribía, en muchos aspectos, en este proceso de constitución de mediaciones por las cuales operaban los contactos de las periferias con el centro.

#### La desterritorialización

EL TERROR DE LOS ÚLTIMOS AÑOS HA TENIDO COMO RESULTADO ROMPER estas formas de territorialización. La competencia entre grupos armados por el control de los mismos espacios ya ha contribuido a esta ruptura. Los paramilitares han expulsado en gran

medida a las guerrillas de territorios como Córdoba y Urabá. La confrontación continúa en el Magdalena medio y en otras regiones. Ella atraviesa una ciudad como Barrancabermeja y se manifiesta en las periferias de metrópolis como Medellín, donde las milicias han pasado a menudo de los *cruces* con las guerrillas a los *cruces* con las fuerzas paramilitares.

Se podría pensar que se trata sólo de la sustitución de las redes de control afiliadas a algunos grupos armados por las redes de dominio ligadas a otros grupos, y que la territorialización continúa. Sin embargo, sería desconocer las propiedades del nuevo contexto. En lo sucesivo, la incertidumbre es un dato importante. Esto es evidente en las zonas en plena disputa. En el sur del Cesar, aún no se puede saber quién dominará, si las guerrillas o los paramilitares. En las periferias urbanas no siempre es fácil identificar al amo de los lugares. Las bandas juveniles no cesan de metamorfosearse y los desplazados no pueden conocer fácilmente las fuerzas clandestinas que intervienen en su campamento. Así mismo, en las regiones *conquistadas* por un protagonista nada está seguro. Ahuyentadas hoy por los paramilitares, las guerrillas pueden regresar mañana. En este momento, éstas se esfuerzan por hacerlo, incluso en Urabá y Córdoba. En todas partes, las fronteras se vuelven un poco imprecisas y fluctuantes.

Por otro lado, los protagonistas armados suministran cada día la prueba de que pueden atacar más lejos de sus bases y hasta el corazón del feudo de sus adversarios. Los paramilitares han multiplicado las acciones en las zonas *históricas* de las guerrillas y las guerrillas han hecho atentados y ataques en las regiones conquistadas por los paramilitares. De esta manera, las lógicas clásicas de territorialización se van debilitando.

En el periodo reciente, los espacios sustraídos a la influencia de los actores armados son cada vez más limitados. Las universidades, por ejemplo, son con frecuencia el blanco de las amenazas de unos y de otros; así mismo, las *comunidades de paz* y las poblaciones que reclaman su *neutralidad* no escapan a las incursiones armadas, como lo han demostrado los ejemplos de San José de Apartadó, Riosucio o Aguachica. Ya no quedan lugares seguros de refugio y aquellos que huyen de las zonas más peligrosas se exponen a volver a encontrar a su llegada las amenazas de los mismos actores.

En estas condiciones, puede hablarse de una cierta homogeneización del espacio, puesto que todos sus puntos se encuentran orientados hacia los actores armados. Pero, sobre todo, este espacio se *desmaterializa*: cada uno de sus puntos es definido por su posición, real o virtual, en las redes a través de las cuales se ejercen las presiones de los grupos armados. Se vuelven así un "no-lugar". Marc Augé (1992) ha utilizado este término para designar los espacios de circulación vinculados con la "sobremodernidad". Lo retomo por mi cuenta, pero para hacer referencia a espacios que, privados de toda característica material, resultan de las interacciones entre redes de fuerza.

Así mismo, allí donde una cierta territorialización se mantiene, ella se vuelve porosa. Los habitantes han aprendido que no hay protección que ofrezca garantías contra la irrupción de los adversarios, que sus *protectores* actuales pueden ceder el lugar a sus adversarios. También han comprendido que, de vez en cuando, los guerrilleros pueden cambiar de uniformes y portar el de los paramilitares —una buena parte de los paramilitares se recluta entre los antiguos guerrilleros— o que un vecino puede transformarse un día en *informador*, ese personaje disimulado que ayuda a señalar a las víctimas cuando es perpetrada una masacre.

El "no-lugar" es, ante todo, la ubicuidad. Ya no hay espacio privado en el cual los lazos sociales puedan construirse. Cada uno sabe que está vigilado potencialmente por todos los grupos armados y que estableciendo contactos con el uno, inclusive sin quererlo, se convertirá en un sospechoso para el otro. Vender una mercancía, llevar auxilios, desplazarse a un lugar cercano, son actos que le podrán ser reprochados. Los testimonios establecen que en 1997 algunas personas de Riosucio fueron ejecutadas por la guerrilla por haber ido a comprar mercado en Turbo; atreverse a circular así era una prueba suficiente de complicidad con los paramilitares establecidos en Turbo. Pero abundan los ejemplos de ejecuciones sumarias perpetradas por los paramilitares en las mismas condiciones. La *lista* que enarbolan los paramilitares en las masacres es la manifestación concreta de esta ubicuidad.

El "no-lugar", también es la incertidumbre de los criterios de evaluación de la posición de cada uno en las redes de control. En realidad, estas redes comprenden numerosos círculos concéntricos. Al lado de los miembros de tiempo completo de la

organización armada, existen los colaboradores ocasionales, los milicianos y otros asociados. Existen también los que prestan pequeños servicios. Y está, finalmente, el grueso de la población que debe asistir a reuniones o participar en marchas colectivas y otras manifestaciones. Si los habitantes pueden tratar de manejar su relación con la organización armada establecida en el lugar, no pueden hacerlo con las organizaciones que quieren invadir el mismo espacio. En el momento en el que los paramilitares han conquistado diversos lugares de Urabá, los guerrilleros se han replegado, pero son los milicianos y supuestos colaboradores los que han pagado por ellos. Los asesinatos que han afligido a tantos participantes en las marchas de 1996 en el Caquetá, no sólo dirigentes, revelan además que ninguna posición está al abrigo de las sanciones. Sin olvidar el caso de las jóvenes que fueron secuestradas por la guerrilla porque mantenían relaciones afectivas con los soldados.

El "no-lugar", es el reino de la desconfianza generalizada. No sólo es imprudente fiarse de la organización presente, sino que puede serlo confiar en los vecinos, y hasta en los miembros de la familia que un día cualquiera pueden volverse informantes o tienen hijos en campos opuestos.

En estas condiciones de miedo o de terror, no es necesario apelar a teorías sofisticadas de corte racional para comprender que es del interés de cada uno, si esto es posible, buscar adaptarse de manera individual a las condiciones que pesan sobre él y evitar participar en cualquier acción colectiva. En las zonas de colonización controladas por las guerrillas, las formas de organización autónoma, juntas de colonizadores o juntas comunales, que realizaban trabajos de interés colectivo, son con frecuencia intimidadas o instrumentalizadas por las guerrillas: y participar es correr el riesgo de ser catalogado como militante o de ser reclutado para otras tareas. Entre los desplazados, son numerosos los que hacen todo por mezclarse con la población y escapar así de la etiqueta que se ata a su condición.

Semejante debilitamiento de las solidaridades, a menudo reducidas a algunas personas muy cercanas, y un tal repliegue en las estrategias individuales constituyen otras modalidades del "no-lugar". El sujeto mismo se pone en posición de "no-lugar".

Es preciso agregar tres observaciones complementarias. La movilidad es seguramente una traducción física del "no-lugar",

y no es por azar que muchas veces he mencionado a los desplazados. Pero se puede generalizar. En la coyuntura actual, los habitantes de las regiones de violencia perciben muchas veces su suerte como la de emigrantes en potencia. Durante las entrevistas con los cultivadores de coca en el Putumayo, yo constataba que la mayoría decía haber venido por un tiempo limitado para acumular un pequeño capital, y que, en el momento en que disponían efectivamente de algunos recursos, no hacían nada para mejorar sus condiciones de alojamiento que sólo consideraban como un lugar de paso.

En otras regiones, comprendidas las de cultivo permanente, los habitantes sueñan con irse, ignorando si partirán individualmente o si serán arrastrados en los desplazamientos colectivos, voluntarios o forzados. Aún así, no todo es nuevo en esta percepción. La historia de Colombia es una historia de migración y la memoria de la Violencia de los años cincuenta también es la de los movimientos masivos, como lo atestigua el hecho de que, a la pregunta, "¿Por qué se han instalado aquí?", muchos colombianos responden: "Por causa de la Violencia". Sin duda, los desplazados hacen relación a su dramática situación, pero a menudo parecen considerar el hecho mismo de su desplazamiento como un destino.

El "no-lugar" también resulta de la dislocación de los referentes institucionales. No existe ningún recurso frente a la violencia. El ejército es visto como uno de sus mayores actores, tanto o más temible que los otros. La justicia está paralizada y parece una abstracción. Los partidos políticos tradicionales están descompuestos. Los alcaldes, blancos privilegiados de los protagonistas armados, son colocados en las mismas condiciones que sus administrados. El escepticismo frente al Estado no tiene nada de inédito: también está anclado en una tradición histórica que siempre ha hecho incierta la simbólica nacional. A pesar de ello, su descrédito nunca había sido tan acentuado, y el aumento de la corrupción de estos últimos años ha contribuido al sentimiento de su irresponsabilidad.

No hay pues nada que haga detener los flujos de fuerza o que permita a los individuos sustraerse de éstos. Y ahora el espacio desborda el espacio nacional. Colombia, que a menudo parecía ignorar que el mundo internacional existiera, descubre súbitamente que forma parte de él. La apertura económica tiene consecuencias desastrosas en la agricultura. El comercio de la droga

suscita una injerencia cotidiana de los Estados Unidos en los asuntos internos del país. Las violaciones de los derechos humanos provocan advertencias en repetidas ocasiones. La globalización ya no es una realidad lejana; mientras que el territorio nacional se deshace, ella engendra un espacio virtual en el cual normas y políticas son impuestas, desde afuera. El "no-lugar" consiste también en el cortocircuito entre lo local y este exterior, siendo la referencia al exterior la que llega a definir un punto de vista de conjunto sobre los fenómenos internos.

## LA DESTEMPORALIZACIÓN

### Los diversos tiempos de la violencia

LOS FENÓMENOS DE LA VIOLENCIA PONEN EN JUEGO MÚLTIPLES TEMPORALIDADES. Ellas se yuxtaponen y se combinan según modalidades inestables.

De la misma manera que recordaba más arriba las diferencias sociales en la aprehensión del espacio, es preciso mencionar aquí la multiplicidad de los tiempos sociales. El del campesino que ha heredado su parcela de tierra no es el mismo que el de aquel que se ha lanzado a la colonización. Los riesgos están en el centro de la percepción del tiempo de este último, como lo ha sugerido con claridad Alfredo Molano relatando las trayectorias de colonos que pierden a sus familias y las vuelven a encontrar, trabajan su tierra para perderla enseguida, ven su trabajo arruinado por las inundaciones y otras calamidades naturales. La aprensión del tiempo de los jóvenes en las ciudades es aún diferente y varía según las épocas. Alonso Salazar (1990) y Fernando Vallejo (1994) han descrito el tiempo de los sicarios, tiempo breve y sin futuro, marcado por la sucesión de actos, por la adquisición y el derroche. Este no es el tiempo de los miembros de las bandas juveniles actuales, aquellas que en todo caso pretenden asegurar la supervivencia de sus barrios. También aquí, la experiencia del desplazamiento se acompaña con una alteración de los referentes temporales, en la medida en que ella implica una espera en la cual el desplazado no tiene ningún asidero. Todas estas temporalidades dejan huellas en la violencia, pues ésta no opera en un vacío social.

Los tiempos sociales, que por principio son colectivos, imprimen sus marcas en la temporalidad de la acción colectiva. Es así como se pueden detectar momentos fuertes en los cuales, a través de la participación en tal acción, las poblaciones tienen la impresión de escenificar sus características sociales, por ejemplo durante las invasiones de tierras o en las marchas. Pero ellos también imprimen su marca a los actores, incluso a los actores armados. Las Farc de los años sesenta aún están ampliamente unidas con el espacio y el tiempo campesinos. A menudo, la localidad o la región constituye su horizonte espacial y el tiempo de las cosechas o de la valorización de las tierras su horizonte temporal. El hecho de poder contar con la duración, sin ceder a la impaciencia, está enraizado en la historia cincuentenaria de esta guerrilla. Los testimonios recientemente publicados a propósito de la historia del ELN y del EPL dejan ver, por el contrario, cómo el tiempo de los cuadros de origen urbano, inspirado en la teoría política, difícilmente se combina con el tiempo campesino.

Estas diferencias también repercuten sobre los tiempos estratégicos, aquellos que presiden los planes de confrontación o de negociación. Los gobiernos cuentan con cuatro años para actuar, e incluso menos, puesto que generalmente pierden su capacidad de iniciativa al cabo de dos o tres años. El saber acumulado por un mandato no se transmite a su sucesor, el sistema de los despojos prevalece así como el deseo de crear la ilusión de lo nuevo. Las guerrillas y otros actores ilegales no conocen este límite. Mantenerse allí es de por sí un éxito. De ello resulta una asimetría tan sensible tanto en las operaciones armadas como en las mesas de negociación.

Se trata aquí de lo que va de las temporalidades de los participantes activos a las interacciones que caracterizan la violencia. Si no coinciden, si pueden establecerse disyunciones entre ellas, son no obstante susceptibles de converger cuando los actores organizados logran hacer creer que persiguen algún fin, inmediato o a largo plazo.

### El tiempo del acontecimiento y el tiempo mítico

PARA LA POBLACIÓN QUE SUFRE LA VIOLENCIA LA PROBLEMÁTICA ES OTRA. Sin duda alguna, la marca de los tiempos sociales siempre es sensible. Pero el tiempo no está necesariamente orientado. Es mucho más, considerado a la vez en la sucesión de los acontecimientos y en una representación mítica de la eterna repetición.

“Ese día, ellos irrumpieron”: esta frase, formulada tan a menudo por los desplazados, indica muy bien el énfasis puesto sobre el acontecimiento. El acontecimiento podía ser esperado y temido y los asesinatos o las amenazas habían podido suceder antes, pero como una rutina que no afecta el destino personal. Sin embargo llega, siempre es sorprendente. Lo mismo ocurre a un nivel más general. Casi todos los días, los periódicos hacen menciones discretas sobre los asesinatos que ocurren en diversas partes del territorio, pero sobreviene la masacre de un número excepcionalmente elevado de personas o el asesinato de una personalidad de primer plano, Jaime Pardo Leal, Carlos Pizarro, Luis Carlos Galán o Álvaro Gómez Hurtado, y la emoción invade a la prensa y a la opinión como si un tabú se hubiera quebrado, como si el horror fuera de pronto sacado a la luz y se produjera una ruptura. Sin embargo, los eventos excepcionales se insertan muy pronto en una rutina, el uno desplazando al otro. La prueba de ello es que la memoria de los eventos excepcionales se pierde rápidamente. Ninguno de ellos tiene valor de principio y todos terminan por confundirse al acumularse. Cada uno deja sólo una huella, algo así como la cola de un cometa, pero una huella que no se inserta en una historia enunciable. Banalidad y excepcionalidad de la violencia se mezclan rápidamente en una trama imprecisa. En el desarrollo ininterrumpido de los acontecimientos, los referentes se borran y el olvido es constitutivo de la relación con el instante. Prevalece el “inmediatismo” (véase Zaki Laïdi, 1998), y viene a inscribirse en un tiempo desprovisto tanto de “horizonte de espera” como de puntos de referencia estables en el pasado.

A este inmediatismo se le opone una larga duración, la de la repetición, a la cual parece que lo nuevo siempre se va asimilando. La violencia de hoy no deja de ser vista como el regreso de la violencia anterior y sus formas como idénticas a las que se habían dado antes. Muchos colombianos están convencidos que

los acontecimientos de hoy no son más que la continuación de los de la Violencia y que los de la Violencia eran, en sí mismos, la continuación de las guerras civiles del siglo diecinueve. La repetición sugiere que una temporalidad mítica sirve también de referencia, según la cual la misma violencia está allí “desde siempre” y se reproduce sin fin.

En realidad, esta temporalidad no es más que uno de los aspectos de una representación mítica más global, pues la violencia aparece muchas veces como la fase visible de una realidad subterránea, la de un flujo de fuerzas antagónicas comparable al que engendran las catástrofes naturales y que gobiernan a los hombres a pesar de ellos. A menudo se ha señalado que en los años cincuenta, la violencia tomaba en las declaraciones de las víctimas el aspecto de una especie de demiurgo que, mucho más que los protagonistas aparentes, era responsable de la calamidad: era “la Violencia” la que había perpetrado tal o cual horror. Y hoy no se da de manera diferente. De la estructura mítica hace parte el hecho de que a menudo se les atribuya a los individuos características que los destinan a la violencia a pesar de ellos. A veces el discurso popular es sustituido en este aspecto por el discurso científico que se empeña en descubrir en la “psicología” del colombiano y en no sé qué “cultura de la intolerancia” la fuente de las prácticas violentas. Como si la violencia no se pudiera pensar sino “naturalizándola”.

Sin duda, existen algunos episodios que se inscriben de entrada en los dos registros. Son los acontecimientos que simulan hacer el corte, pero que parecen simultáneamente develar la esencia de lo que se repite sin fin. Pensamos, claro está, en el 9 de abril de 1948, fecha del asesinato de Gaitán y del bogotazo, que en la memoria de la mayoría de los colombianos constituye el punto de partida de la Violencia y, en consecuencia, de la violencia actual. Si hay un momento fundador, se trata de una catástrofe que da nuevo impulso a la aprehensión mítica.

Las poblaciones sumidas en la violencia actual oscilan permanentemente entre el acontecimiento y el mito, el pasado del presente y el presente del pasado. Lo que les hace falta es la posibilidad de ser participantes de una historia orientada hacia el futuro. En este sentido, la relación con el tiempo es opuesta a la que impera en el Brasil, donde el presente incierto no impide nunca el futuro cierto.

## De la violencia sin historia a su representación caleidoscópica

SEGÚN UNA FÓRMULA FAMOSA DE FREUD, EL INCONSCIENTE NO TIENE historia. Esta observación podría aplicarse a la violencia. Entre el acontecimiento y el mito falta un eslabón, que es el de una historia instituida e instituyente.

Si la memoria colombiana se vuelve siempre hacia las catástrofes, es porque ellas no están integradas en una memoria colectiva que les conferiría una significación como etapas hacia el advenimiento de una sociedad más moderna. Todas las historias nacionales comportan su lote de catástrofes, que en su momento han hecho vacilar los referentes comunes. Los políticos y los historiadores no tienen necesidad de ser hegelianos para saber que les corresponde construir un relato nacional donde el "momento negativo" encuentre naturalmente su lugar.

En Colombia no pasa lo mismo. Los políticos piensan que lo único posible es arrojar un velo de olvido sobre estos episodios y desvalorizan las tentativas de los historiadores para interpretarlos. Así pues, la catástrofe siempre queda allí, tan terrible como una maldición dedicada a atormentar sin fin a las generaciones futuras.

Hice referencia al 9 de abril y al bogotazo. Su evocación en 1998, con ocasión de su cincuentenario, mostró que estos acontecimientos aún estaban igual de vivos. Los puntos de vista que se manifestaron en los periódicos eran los mismos de aquella época y revelaban a veces un apego sorprendente a visiones partidistas que desde hace tiempo perdieron sentido, o bien a lugares comunes como si "ese día" Colombia hubiera descubierto hasta dónde podía llegar la "barbarie" de las masas ignorantes. El 9 de abril permanece ahí, como un cadáver insepulto.

*A fortiori*, es igual para los años de la Violencia. De una vez por todas, desde la instauración del frente nacional, se edificó una muralla de silencio. Nunca se ha tratado de volver sobre los actores y los intereses que entraron en juego, y menos aún de establecer un tribunal para juzgar, al menos simbólicamente, a los grandes responsables políticos. Tampoco se ha tratado de evocar el papel de la Iglesia en esta fase, ya que la participación de ella era necesaria para la estabilización del régimen. El primer libro de historia que apareció sobre el tema, el de Germán

Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, fue considerado como un sacrilegio. Si ahora se dispone de algunas monografías regionales importantes, siempre sigue faltando una síntesis histórica.

Si la violencia está desprovista de historia, en sentido propio y figurado, ella alimenta una memoria que, en estas condiciones, no tiene trabas, ya que no tiene que ajustarse a un relato canónico. Dos generaciones después, numerosos colombianos imputan a la Violencia la causa de todos sus problemas, de su instalación precaria en las ciudades, de sus fracasos personales. En cuanto a los jóvenes que se adhieren a la acción ilegal, no tienen problema en justificarlos, proclamando que sólo pretenden poner fin a la humillación que se infligió a su ascendencia y dar otro desenlace a un proceso que continúa.

Es evidente que la violencia actual escapa aún más a una historia constituida. La falta de distancia no es la única causa. El hecho de que ningún punto de partida preciso sea asignado también cuenta, y no es casual que tantas personas intenten en realidad remontarse a los orígenes de la Violencia. La ausencia de un punto de partida compromete la existencia de una matriz de inteligibilidad. La complejidad real del fenómeno hace el resto: ratifica, más claramente que nunca, una temporalidad fundada en la única sucesión de los hechos.

En el plano nacional, cada acontecimiento importante transforma la percepción de conjunto. Es lo que he llamado en otra parte una aprehensión caleidoscópica de las configuraciones de la violencia.

Al ritmo de los "magnicidios" o de los arrestos de los narcotraficantes, de las masacres paramilitares o de las incursiones de la guerrilla, de las declaraciones estadounidenses o de los reveses paramilitares, de los anuncios de planes de paz o de las revelaciones de casos de corrupción, la percepción de las configuraciones de la violencia se metamorfosea. No es solamente la esperanza la que da lugar a la decepción, la voluntad de transacciones a la afirmación de posiciones duras, sino también la visión de los factores de la violencia la que se modifica, el narcotráfico sucede a las causas políticas, la expansión de las guerrillas a la consolidación de los paramilitares. La temporalidad caleidoscópica vale también para las lecturas populares y académicas de la violencia.

El olvido es inherente a tal temporalidad. Contrario a lo que se produjo durante la Violencia, apenas acaba de suceder un acontecimiento e inmediatamente se lo reprime. Un asesinato como el de Luis Carlos Galán se ha deslizado sobre un plano incierto. Pero, es también la formación de una opinión pública relativamente estable la que se vuelve difícil.

Hablar de configuraciones caleidoscópicas es admitir la falta de cualquier esquema temporal más o menos consistente. El análisis de partida, el de la diversidad de los tiempos, se revela insuficiente. Tanto el mito como el acontecimiento bruto nos ubican frente a una falta de historia que bien podemos llamar "destemporalización".

## LA DESUBJETIVACIÓN

RECURRO A ESTE TÉRMINO PARA ESTABLECER UNA HOMOLOGÍA CON LAS partes anteriores. Soy consciente, sin duda, que no es el más apropiado. Es posible que confrontado con el terror, el individuo experimente el sentimiento de ser arrancado de lo que le conferirían sus propios rasgos o sus "disposiciones" durables. Por lo menos, continúa afirmándose como sujeto a través del relato de sus experiencias, y por ende por medio de una identidad narrativa<sup>3</sup>. Sin embargo, quiero sugerir que la sucesión de experiencias puede engendrar una discontinuidad en esta identidad narrativa y, más aún, cuestionar la posibilidad de inscribir el relato individual en un relato colectivo.

3. Paul Ricoeur. 1998. *Le Soi et l'Autre*. Seuil-Points. París. A propósito de la identidad personal, Ricoeur distingue entre la "mismidad", que envía de nuevo a la permanencia en el tiempo del individuo como sustancia, y la "ipseidad", las disposiciones durables en las que se reconoce una persona.

También quiero mostrar que, en condiciones de terror, el individuo tiende a hacer referencia de manera simultánea a normas y valores contradictorios a los cuales estaría expuesto sin poder decirse por ninguno.

Así pues, lo que quiero formular es la imagen de un individuo fundamentalmente escindido.

Una vez más, conviene comenzar a la inversa, recordando que, en ciertos casos, la participación en la violencia puede ser también una forma de construcción de sí mismo. Es sólo en un segundo momento cuando se impone la figura del sujeto explotado.

## El sujeto de la organización violenta

HE DICHO QUE EL DOMINIO DE LAS REDES NO ERA NUEVO Y QUE, EN ciertas zonas, la población podía ver en la presencia de los actores armados aquello que les aseguraba una protección, incluso una "ley" haciendo prevalecer la idea de comunidad. La coacción es, entonces, el principio de una identidad colectiva.

El análisis se impone, con mayor razón, para los jóvenes que se adhieren a las organizaciones armadas. Los trabajos sobre las bandas urbanas así como los de las guerrillas señalan que afiliándose a estas organizaciones los jóvenes ambicionan alcanzar un estatus que no podrían esperar en su vida ordinaria. El "prestigio del uniforme" o el de las armas se toma en cuenta, pero principalmente cuenta el beneficio de estar insertado en una organización y en un sistema de autoridad. Es posible que la carencia o la ausencia de la autoridad paterna contribuya a la búsqueda de los jefes, grandes o pequeños.

Del mismo modo, conviene señalar que el camino que cada uno tome no siempre es previsible. La proliferación de las organizaciones armadas implica una diversidad en la oferta y, en el seno de una misma familia, los jóvenes pueden tomar opciones diferentes. Las adherencias tampoco son durables. La inserción en una banda puede ser solamente el paso para adherirse a una organización más poderosa y se ha visto que un cierto número de milicianos o de guerrilleros se han unido a los paramilitares. Además, en cualquier momento, se les plantea la necesidad de la reconversión. Hay una edad límite para hacer parte de las bandas de los barrios y sin duda también para guerrilleros o paramilitares. Desafortunadamente, no se sabe nada sobre los procedimientos por los cuales se opera la salida de las organizaciones. Por otro lado, la afiliación a la organización no siempre garantiza la permanencia de la identidad individual.

A todo ello contribuye el hecho de que la violencia se define, sobre todo, por prácticas. Hace ya mucho tiempo que la ideología no hace fortuna y que incluso las guerrillas no se toman el tiempo de dar a los jóvenes reclutados más que unas pocas palabras-clave que hacen las veces de formación política. En entrevistas con jóvenes desmovilizados del EPL en 1992 pude constatar que difícilmente recurrían a alguna utopía, citaban algún héroe revolucionario o algún episodio de la historia

colombiana. Sólo contaban sus actos, o mejor algunos de los que percibían como los más significativos, y hasta las prácticas mismas se volvían rutina, como quiera que presentaban la extorsión o el asesinato como comportamientos ordinarios. No es una casualidad que, para poner en escena el horror, fuese necesario volver a las prácticas de destrucción codificada de los cuerpos utilizadas durante la Violencia, como si el pasado sólo suministrara un repertorio simbólico a la violencia. La violencia se volvió ampliamente afásica. Hay que volver a la fórmula del lingüista Austin: en vez de “decir, es hacer”, prevalece el “hacer, es decir” y el hacer se justifica por sí solo, sin necesidad de una argumentación elaborada.

Esta prevalencia de las prácticas sobre el lenguaje evidentemente no es natural para fundar la identidad personal. Nunca se adquiere ni se afirma más que en la persecución de la acción.

#### La trayectoria personal como relato no insertado en la historia

A MENUDO, EL RELATO DE LAS VÍCTIMAS DEL TERROR ES EL DE UNA TRAYECTORIA espacial: partiendo de un lugar, el sujeto se establece en otro y el terror lo obliga a dejarlo para asentarse allí donde pueda. Entre cada episodio muchas veces hay vacíos y en cada uno de ellos no siempre está implicado el mismo sujeto. En un momento dado, era un sujeto participante de una estructura social estable; luego, es el colono valiente que valora su tierra sin preocuparse del entorno; después, es el individuo atemorizado que intenta mantenerse en medio de las coacciones que se ejercen sobre él; y, por último, si se ha convertido en un “desplazado”, es aquel que no tiene posesión sobre nada. La referencia a la trayectoria se vuelve la única manera de afirmar la identidad del sujeto confrontado a circunstancias y a suertes imprevisibles.

Generalmente, este relato por episodios no logra inscribirse en un “gran relato”, el de una historia colectiva. Ya dijimos que el pasado no se ha constituido en historia. El presente se puede leer aún menos como una historia que se está haciendo. La posición de “no-lugar” suscitada por el terror bien puede ser compartida por muchos, ella se vive individualmente. Atrapado en

un medio de redes visibles e invisibles, ubicado en un contexto de desconfianza generalizada, el individuo ya no dispone de ninguna referencia social que lo ayude a inscribir lo que le ocurre en una perspectiva de conjunto.

Las mismas características de la violencia son un obstáculo. La multiplicidad de sus dimensiones, las interferencias entre los actores que allí se manifiestan, la crisis de las instituciones, son tantos factores que impiden percibir un eje central de conflictividad susceptible de volver inteligible la sucesión de los eventos. En las regiones de enfrentamiento entre paramilitares y guerrillas, los actores armados intentan, sin duda, imponer una polarización, pero los habitantes están lejos de tenerla en cuenta: ellos están “entre dos fuegos” y tratan, sobre todo, de sustraerse. Son raros los que se casan plenamente con la causa del uno o el otro. Si se encuentran en medio de la ciudad como desplazados, tienen que enfrentarse a otro marco de referencia hecho de una diversidad de protagonistas.

La constitución narrativa de la trayectoria personal ya no es tan factible. Muchas veces se limita a una secuencia de fragmentos sucesivos. Mucho menos puede articularse con una construcción narrativa global, porque las lógicas a las cuales están sometidos los individuos sólo coinciden excepcionalmente con las que gobiernan las estrategias de los protagonistas armados. Pero también porque la discontinuidad caleidoscópica entre las configuraciones de la violencia testimonia el carácter problemático de cualquier relato global.

Tanto los límites del relato personal como su separación de un relato colectivo dificultan la consolidación de la identidad personal. En el horizonte del terror, la identidad está a merced de las circunstancias.

#### Los referentes contradictorios del sujeto

LA DIFICULTAD QUE TIENE EL SUJETO PARA REUNIR SUS EXPERIENCIAS en una trama única se manifiesta de otra manera: cuando toma una actitud reflexiva y se propone justificar sus acciones o las de sus semejantes, yuxtapone los referentes más contradictorios como si todos fueran igualmente válidos.

Para este propósito me apoyo una vez más en entrevistas con

desplazados y también con miembros de las bandas juveniles de Medellín. Las alusiones nostálgicas a "la moralidad de otros tiempos" se combinan con la admiración por aquellos que, como los narcotraficantes, han "tenido éxito en la vida". La denuncia de la injusticia de las leyes, hechas sobre medida para los poderosos, va a la par con la invocación del Estado de derecho. El desprecio por la política se asocia con el reconocimiento hacia los políticos que han hecho algo por "la gente". El conformismo más marcado hacia las instituciones como la Iglesia va de la mano con el rechazo por cualquier autoridad. El llamado a la solidaridad de los semejantes coexiste con la reivindicación de "cada uno por sí mismo". La reivindicación para sí mismo de la honestidad y del trabajo no excluye el elogio por la astucia o por el "rebusque", según el término consagrado.

De hecho, estos referentes sólo son contradictorios para el observador. Ellos son profundamente compatibles desde el punto de vista de quien los enuncia como si, simultáneamente o por turnos, su utilización se impusiera para enfrentar los problemas. En una obra reciente, un sociólogo describió bien cómo una "moral gregaria" fundada sobre la división de los valores con otros, no impedía la violación incesante de las reglas comunitarias (Gutiérrez, 1998).

Podríamos incluso arriesgar un paso más: las prácticas más atroces no siempre se perciben como las que van al encuentro de la moral más ordinaria. Los jóvenes que las mencionan no parecen considerar que ellas cuestionen de nuevo el fundamento del vínculo social. Ni siquiera evocan códigos de honor para justificarlas. Muchas veces, ellos manifiestan que estas acciones, si bien castigables por la justicia institucional, no necesariamente lo son desde el punto de vista de una justicia más "eminente". En el caso de los sicarios, Alonso Salazar había mostrado que al cometer sus crímenes, ellos aseguraban de antemano el perdón de su madre y de la virgen. En el momento en el cual los combatientes del EPL depusieron las armas, muchos de ellos no sentían ningún escrúpulo al enumerar los horrores en los cuales habían estado mezclados. A los diversos registros de conducta corresponden diversos registros de moralidad. De un momento a otro, cada uno puede cambiar de registro. Ciertamente, la violencia es racionalizada e instrumentalizada, pero ella también es un mundo de exceso que pone en tela de juicio el sentido de la vida. Tiene rituales que se parecen a los de la

borrachera. Estos últimos pertenecen a la vida ordinaria, pero también crean situaciones en las que ya no se es uno mismo y donde uno puede, entonces, adoptar comportamientos por los cuales no tiene que responder. El mundo de la violencia extrema también es visto como anhelado en la vida ordinaria, pero desemboca en otros códigos de conducta que escapan a los valores y juicios ordinarios.

"¿Desubjetivación?". Puede ocurrir, en efecto, en momentos extremos que el sujeto ya no logre asumir en primera persona lo que sufre o hace. Pero es más exacto hablar de subjetivación escindida. La división del sujeto entre referentes opuestos o registros de vida superpuestos no tiene nada de excepcional. A los lados de la desterritorialización y del estallido de los referentes temporales, ésta es otra manifestación del terror. La que se manifiesta en el relato de los desplazados con la mención del momento en el cual ya no tuvo la posibilidad de adaptarse a las circunstancias donde él se vuelve "el juguete", para retomar una expresión común.

## CONCLUSIÓN

A LO LARGO DE ESTAS PÁGINAS ME HE ESFORZADO POR DAR CUENTA DE las formas del terror. Estas formas son, a la vez, objetivas y subjetivas. Incluso el territorio y el "no-lugar" pertenecen a los dos registros. Ellos delimitan el horizonte de la vida presente pero sus fronteras son ampliamente inmateriales, sobre todo cuando ellas están definidas por la confluencia de las amenazas. El tiempo no cesa de estar anclado en las experiencias sociales mientras que se fragmenta en los acontecimientos o toma una consistencia mítica. En cuanto al sujeto, conserva al menos la consistencia ligada a la posibilidad de realizar el relato de sus experiencias incluso si se enfrenta, por otro lado, a la yuxtaposición de múltiples y contradictorios referentes sociales.

En realidad, el terror implica una síntesis particular de lo objetivo y de lo subjetivo, de las condiciones concretas y de las representaciones. Toda situación es evaluada en función de "lo que pueda suceder", todo acontecimiento parece, a pesar de todo, "haber sido anunciado", todo lugar está destinado a perderse. Las representaciones impregnan así "el mundo de la vida". En este sentido, puede decirse que el terror crea también un universo de imaginación.

Al contrario, y es fundamental, ella destruye todo imaginario, si se entiende por este término la facultad de remitirse a algo que asegurara la unidad de los fenómenos de violencia, que esta unidad sea aprehendida como la de un eje conflictivo, de una revolución, de un orden o, simplemente, de un sentido. El terror es experimentado como un enmarañamiento de hechos, de cálculos prosaicos, de sufrimientos. Ni en sus autores ni en sus víctimas pone en juego principios de identidad y menos aún de la utopía. Esta carencia de lo imaginario influye hasta en la percepción de lo político, que también se reduce a relaciones de fuerza o transacciones utilitarias. De su función instituyente no subsiste nada, sobre todo en las regiones de violencia.

He mencionado al comienzo la eventualidad de que guerrillas y paramilitares quieran suscitar una polarización de la sociedad. No faltan factores que pudieran llevar allí, desde la extensión de la confrontación armada, hasta la degradación de la situación económica. Aún sería necesario llegar a restaurar la parte imaginaria: la polarización supone que la población se convenza de la existencia de una división amigo-enemigo que sobredetermine todos los aspectos de la vida social. Por suerte estamos lejos de esto. Bajo estas consideraciones, nada se opone tanto a la Violencia de los años cincuenta como la violencia actual. Detrás de la primera, las subculturas partidistas encuadraban a toda la población, y no era difícil hacer prevalecer sobre esta base la imagen de un conflicto decisivo entre dos principios de organización política. Nada de esto ocurre en el presente. Los protagonistas armados no pueden apelar a principios de identidad. Aquellos que se encuentran en las filas de los paramilitares y los que están en las filas de las guerrillas ya no se diferencian. Los protagonistas recurren al terror para, a falta de división, producir fragmentación, pero de allí a llegar a justificar este terror hay un paso considerable, y más aún justificarlo de una manera que conlleva la adhesión de las personas. Las guerrillas, lo han dicho, no pretenden generar aspiraciones colectivas, y menos sueños de un porvenir luminoso. Tampoco las organizaciones opuestas.

Por lo demás, ningún sector logra engendrar lo imaginario. El gobierno y las organizaciones de la "sociedad civil" se muestran en este propósito tan desprovistos como los actores armados.

Es posible que este no sea su objetivo, que más bien para ellos la prioridad sea restablecer algunos mecanismos de confianza y

de *accountability* –responsabilidad–, para utilizar el vocablo inglés. He descrito la experiencia del terror tal como se inscribe bajo la línea de la desincorporación en relación con los referentes ordinarios. Tal proceso no puede encontrar salida más que al restaurar espacios institucionales y no-institucionales estables en los cuales las palabras vuelvan a encontrar su valor. Es la primera condición de la confianza.

¿Cómo lograrlo? Esa es otra historia.

## BIBLIOGRAFÍA

- ATEHORTÚA, ADOLFO. 1996. *El poder y la sangre. Las historias de Trujillo, Valle*. Gobernación del Valle. Cali.
- BEJARANO, JESÚS ANTONIO. 1990. *Democracia, conflicto y eficiencia económica*. Cerec. Bogotá.
- FALS BORDA, ORLANDO. 1973. *El hombre y la tierra en Boyacá*. Punta de Lanza. Bogotá.
- GUTIÉRREZ, FRANCISCO. 1998. *La ciudad representada*. Iepri-Tercer Mundo Editores. Bogotá.
- LAÏDI, ZAKI. 1998. *L'urgence et la représentation de l'histoire*. Esprit. París.
- PÉCAUT, DANIEL. 1997. "De la banalité de la violence à la terreur: Le cas colombien". En G. Bataillon. *Survivre réflexions sur l'action en situation de chaos: 147-180*. L'Harmattan. París.
- 1999. "A propos de la question de déplaces". En *Estudios políticos*. Universidad de Antioquia. Medellín.
- PEÑATE, ANDRÉS. 1991. *Arauca: politics and oil in a colombian province*. Oxford University Press. Oxford.
- REYES, ALEJANDRO. 1988. "Conflictos y territorio en Colombia". En *Colonización del bosque húmedo tropical*. Corporación Araracuara. Bogotá.
- RICOEUR, PAUL. 1990. *Le Soi et l'Autre*. Seuil-Points. París.
- SALAZAR, ALONSO. 1990. *No nacimos pa'semilla: la cultura de las bandas juveniles de Medellín*. Cinep. Bogotá.
- VALLEJO, FERNANDO. 1994. *La virgen de los sicarios*. Alfaguara. Bogotá.